

Le comenté todo esto, pero no me contestó. Entonces pensé que tal vez era porque le había sumido en una profunda inquietud. Y es que todo lo que le había dicho estaba muy bien, pero también había que pensar que nunca podríamos llegar a formar una verdadera pareja eléctrica si yo no daba (y de los dos sólo yo podía darlo) un paso que era fundamental y que habría de situarme, como ya lo estaba el barón, más allá de mis ropas sucias y ajadas, más allá de mi barba, de este cuarto y del submarino, más allá de esta vida.

Por eso, ahora estoy aguardando a que caiga la noche y regrese el barón a su armario. Lo tengo todo bien preparado. La estricnina con la que daré ese último paso fundamental que habrá de permitirme fundar una pareja artística de alto voltaje, una pareja que no tardará en salir de gira, de gira triunfal por el espacio sideral.

ROSA SCHWARZER VUELVE A LA VIDA

Al fondo de este museo de Düsseldorf, en una austera silla del incómodo rincón que desde hace años le ha tocado en suerte, en la última y más recóndita de las salas dedicadas a Klee, puede verse esta mañana a la eficiente vigilante Rosa Schwarzer bostezando discretamente al tiempo que se siente un tanto alarmada, pues desde hace un rato, mezclándose con el sonido de la lluvia que cae sobre el jardín del museo, ha empezado a llegarle, procedente del cuadro *El príncipe negro*, la seductora llamada del oscuro príncipe que, para invitarla a adentrarse y perderse en el lienzo, le envía el arrogante sonido del tam-tam de su país, el país de los suicidas.

Yo sé que Rosa Schwarzer, en su desesperado intento por apartar el influjo del príncipe y la tentadora propuesta de abandonar el museo y la vida, acaba de refugiar su mirada en los tenues colores rosados de *Monsieur Perlacordo*, que es otro de los cuadros de esa sala que tan celosamente custodia y en la que si ahora alguien osara irrumpir en ella se encontraría con una eficiente vigilante que de inmediato interrumpiría su bostezo y, poniéndose en pie, rogaría al intruso que, a causa de la frágil alarma, hiciera el favor de no aproximarse demasiado ni a Monsieur Rosa ni al Señor Negro.

Lo dicho, Rosa Schwarzer está ligeramente alarmada esta mañana.

¿Influye en todo esto el lunes que ayer le tocó vivir? Yo diría que sí. Ayer Rosa Schwarzer cumplió los cincuenta años y, como el museo cierra los lunes, creyó que dispondría de toda la mañana para preparar el almuerzo de aniversario. Pero ya desde el primer momento todo se le complicó enormemente. Para empezar, despertó angustiada, moviéndose como un títere, a tientas en el vacío incoloro e insípido de su triste vida. Después, ese vacío cobró un ligero color gris, como el del día.

Esta vida para qué.

Yo sé que Rosa Schwarzer dijo eso en la duermeyela de ayer y que también lo ha dicho en la de hoy, pero que a diferencia de esta mañana, ayer se despertó sin la conciencia de haberlo dicho, ayer simplemente comenzó a preparar el desayuno para su marido y los dos hijos, que le habían asegurado que, aun siendo laborable para ellos, iban a hacer un esfuerzo y se reunirían todos a la hora del almuerzo y probarían con el placer de siempre aquel lechón asado que nadie sabía cocinar mejor que mamá Rosa, así la llaman todos.

Así me llaman, piensa ahora Rosa Schwarzer mientras escucha el rumor de la lluvia en el jardín, mientras siente que es atraída por el sonido del tam-tam del país de los suicidas.

Yo sé que ayer, tras el despertar de títere angustiado, el segundo contratiempo fue la inesperada deserción de Bernd, el hijo mayor, que durante el desayuno dijo que le era imposible estar presente en el almuerzo, lo que aprovechó el padre para excusarse él también y decir que andaba muy ocupado y que le guardaran su parte de lechón asado para la noche.

En silencio Rosa Schwarzer se mordió los labios y se dijo que todo aquello no retrasaba el desayuno, que estaba ya casi preparado, pero que de alguna forma lo que ya sí estaba

retrasando era la hora del almuerzo, pues había otras cosas que se estaban cruzando peligrosamente en su camino, reclamando con fuerza su atención. Y es que, al dejar que su mirada vagara distraídamente por la cocina, había visto, junto a los cafés, los quesos, el té, los panes de centeno con cominos, las mermeladas y los embutidos, el corazón solitario de una incolora botella de lejía que, de tener la facultad de cobrar vida, se habría animado sin duda en forma de triste títere perdido en el vacío insípido de aquella no menos triste cocina.

Pensó en lo fácil que era morir y en que no debía dejar para otro momento aquella magnífica ocasión. Bastaban unos sorbos de lejía y se borraría de golpe toda aquella cotidianidad de imágenes grises, de maridos sin alma, de aburrimiento mortal en el museo. Pero cuando ya estaba a punto de agarrar la botella, se le ocurrió pensar en el desgraciado de su marido o, mejor dicho, en su desgraciado marido, y de repente descubrió que había algo en el aire de la mañana, en ese estar allí sola en la triste cocina, que le removía la sangre de un modo no desagradable. En realidad su marido, engañándola a diario de aquella forma tan zafia con la vecina (y creía el muy desgraciado que ella no lo sabía), era merecedor de compasión y necesitaba ser ayudado, y aquélla no dejaba de ser una buena razón, simple pero muy importante, para seguir viviendo, para seguir preparando el desayuno, para seguir intentando que su marido recuperara la alegría y volviera a ser aquel hombre encantador que había ella conocido en el parque de Hofgarten, una maravillosa mañana de domingo, treinta años antes, que no merecía ser borrada por una botella de lejía cualquiera.

Antes de transportar el desayuno a la sala y para celebrar que había dejado escapar aquella óptima ocasión de quitarse la vida, Rosa Schwarzer tomó un café muy cargado que la llevó a dar un nuevo repaso del paisaje de la cocina prescindiendo en esa ocasión de la presencia obsesiva de la lejía, es decir que vio

los otros cafés, los quesos, el té, los panes de centeno con cominos, las mermeladas y los embutidos, pero no vio, o no quiso ver, la maldita leña.

El café la despertó casi salvajemente y, por un momento, como si se tratara de un breve anticipo de lo que hoy podría tocarle vivir en el museo, vio los remotos paisajes del país de un oscuro príncipe extranjero. El café la desveló de tal modo que la hizo entrar en la sala con un paso excesivamente vivo y acelerado, y por poco no derribó la bandeja sobre la inocente cabeza del hijo menor, enfermo de muerte sin él saberlo, el pobre Hans.

Mi pobre y querido Hans, pensó ella mientras abría la ventana y el aire frío de la mañana entraba de golpe en toda la sala, y Rosa Schwarzer se quedaba pensando en la infinita desgracia de su hijo, y se le ocurría entonces de repente pensar en arrojarse al vacío o, mejor dicho, al duro patio de la vecina, aprovecharse de aquella segunda ocasión, tan fácil como inmejorable, que se le presentaba para quitarse la vida y alcanzar la libertad al desprenderse de todo y de todos, salir por fin de este trágico y grotesco mundo. Pero pronto cayó en la cuenta de que su hijo la necesitaba aún mucho más que su marido, y que aquella sí que era una verdadera razón para seguir viviendo. Y para decirse que seguiría viva, perfectamente viva, Rosa Schwarzer probó un queso.

Cuando los tres hombres de la casa marcharon al trabajo, comenzó a vestirse, y lo hizo tan lentamente que acabó tardando mucho más de lo habitual en arreglarse para salir a la calle. Se entretuvo contando las canas que le habían salido a lo largo de la última noche, y pensó en comprarse una peluca, pero entonces se acordó de un extraño individuo que había conocido en la infancia. Un hombre que en su trágica desesperación arrancaba, brutalmente, los pelos de su peluca. No deseaba que le ocurriera a ella algo semejante. Por cierto —pensó—, ¿qué se

habrá hecho de ese hombre? Y otra cosa, ¿adónde van a parar las pelucas cuando mueren?

Estuvo haciéndose preguntas de ese estilo y retrasando deliberadamente la hora de comprar el lechón hasta que finalmente, y ya bastante tarde, salió a la calle. El aire y los colores del mediodía se desplegaron ante ella, frescos, tonificantes y nuevos, mientras procuraba alimentar hacia sus labores de ama de casa esa pasión amorosa que, incluso inconfesada, enciende el corazón de tantas de ellas en cuanto saben de la dulzura secreta y del furioso fanatismo que se puede cargar sobre la práctica cotidiana más vulgar, el trabajo doméstico más humillante, porque en el fondo —pensó Rosa Schwarzer— no hay nada comparable a la íntima satisfacción de ver el plato humeante servido con admirable puntualidad a la hora del almuerzo.

Eso pensaba Rosa Schwarzer ayer por la mañana, pero al mismo tiempo, y entrando en violenta colisión con sus convicciones más íntimas, se dijo que el lechón asado podía aguardar, es más, que no estaría ni por casualidad preparado a la hora del almuerzo, y se declaró en huelga de celo, y comenzó a caminar más despacio, a fuego lento. Y a fuego lento subió la sangre a las mejillas cuando decidió que haría una simple ensalada de patatas (después de todo, para ella y para Hans era del todo suficiente), y luego pensó que no, que nada, que no prepararía un solo plato y que, además, la desgracia de Hans era demasiado grande como para estar todavía planeando optimistas ensaladas, y que en definitiva la vida era peor que una estúpida patata, y que se mataría, sí, se mataría sin ya más dilación. Después de todo, allí estaba el maldito asfalto brillando al sol y brindándole la oportunidad de arrojarse bajo las ruedas de algún coche y acabar así, de una vez por todas, con el engorroso asunto del lechón asado, el marido infiel, la ensalada de patatas, los cubiertos y el mantel, el infinito tedio de las

mañanas en el museo, la col y las lechugas, el hijo menor al borde de la muerte, los platos humeantes servidos con admirable puntualidad a la hora del almuerzo.

Ya estaba buscando el coche que le segara la vida cuando de pronto cayó en la cuenta de que en realidad algo muy hondo se había roto en ella en las primeras horas de la mañana, de aquella fría y extraña mañana, porque, bien pensado, no dejaba de ser raro que, después de tantos años de no reflexionar acerca de la vida y de las cosas, en las últimas horas no hubiera parado de hacerlo. Y pensó que era en el fondo muy estimulante ver cómo su frágil vitalidad se había ensombrecido de aquella forma tan tétrica pero al mismo tiempo tan peligrosamente atractiva. En otras palabras, su vida, al entrar en el reino de lo oscuro y de la desesperación, se había convertido paradójicamente en algo por fin un poco animado. En algo parecido a una de esas películas que se inician con una fotografía en blanco y negro en la que, a fuerza de insistencia, es posible ir viendo más y más en ella, hasta que la imagen va cobrando color, y un discreto argumento se pone en marcha. Así se estaba animando —no mucho, tan sólo discretamente, pero algo era algo— su vida. ¿Por qué entonces quedar atrozmente desmaquillada bajo las ruedas de un coche si en realidad nada le interesaba tanto como saber qué sucesos —discretos, pero a fin de cuentas sucesos— le depararían las horas siguientes?

Todo eso le pareció una razón más que suficiente para dejar pasar aquella nueva ocasión de matarse. Para celebrar que había decidido continuar viva, entró en el Comercial a tomar un té, y lo hizo con la satisfacción de quien por fin se atreve a tomar una decisión largo tiempo aplazada, pues hacía años —desde que se casara o tal vez desde mucho antes— que no entraba a solas en un bar. Por eso, al apoyarse en la barra y pedir el té, sintió que estaba viviendo unos momentos de

intensa libertad. Se sentía muy contenta, casi feliz, pero cuando le sirvieron el té, y cuando más precisamente estaba viendo la vida en rosa —el tapizado del local, que era de ese color, contribuía en parte a ello— reparó en un hombre, un borracho probablemente, que se tambaleaba de forma extraña a pocos metros de ella. Le recordó, sin saber muy bien por qué, al hombre de la peluca que había conocido en su infancia. A pesar de que hacía horas que había dejado de llover, el hombre seguía llevando puesta la capucha de su vieja y oscura gabardina. A estas horas y ya tan borracho, pensó Rosa Schwarzer. Y poco después, con cierto horror, vio que estaba aproximándose a ella. Entonces le reconoció y se tranquilizó. Era un tipo del barrio al que había visto ya muchas veces y del que se comentaba que andaba siempre perdido, llorando por los rincones de las tabernas.

—Buenas noches —le dijo el hombre, con exquisita y sorprendente amabilidad. Tenía unos treinta años y era bastante guapo y parecía triste.

—Querrá decir buenos días —le dijo ella.

—Sepa usted que sólo existe la noche, la oscuridad. Sólo hay una historia que suceda a la luz del día. ¿Ha oído hablar de ese hombre que sale de una taberna del puerto a primera hora de la mañana?

—Oye Hans, no molestes a la señora —intervino el camarero. Y Rosa Schwarzer quedó un tanto sorprendida al ver que aquel hombre se llamaba igual que su desahuciado hijo menor.

—No, si no me molesta para nada —dijo Rosa Schwarzer, conmovida por el nombre de aquel borracho tan educado que, por otra parte, hablaba con cierta gracia, diríase que incluso con bastante lucidez. Apenas se le notaba que hubiera bebido.

—Ese hombre —continuó él— lleva una botella de whisky en el bolsillo y se desliza por los adoquines ligero como un bar-

co que deja el puerto. Pronto se mete de cabeza en una tempestad...

—¡Ah! Ahora lo entiendo —le interrumpió ella—, ahora comprendo por qué lleva usted puesta la capucha.

El hombre simuló no haberla oído y completó su peculiar historia:

—Pronto se mete de cabeza en una tempestad, y dando bandazos intenta frenéticamente regresar. Pero no va a llegar a puerto alguno. Entra en otro bar.

—¿Y por qué bebe tanto? —preguntó inmediatamente ella.

Tras una casi interminable reflexión, tras darle muchas vueltas al asunto, el hombre respondió:

—Porque la realidad es desagradable.

Rosa Schwarzer se rió tímidamente.

—¡Qué gracioso! —le dijo—. ¿Y acaso no lo es también la irrealidad, amigo?

El hombre entonces se enojó y perdió la educación. Comenzó a explicar que él era un empedernido noctámbulo y que aquella noche aún no se había acostado y que lo que más le gustaba (y aquí hizo una inflexión de voz para reforzar su supuesto ingenio) era divulgar su informal y pecaminoso estilo de vida entre las almas en pena de la Internacional Cebollista de las sufridas amas de casa, tan lloronas ellas. Rosa Schwarzer, que no estaba para demasiadas bromas y que, además, recordaba que el único llorón allí era él, decidió no amilanarse y le fulminó con la mirada.

—¿Por quién me ha tomado? —le dijo ella.

Y lo repite ahora. ¿Por quién me ha tomado? Pero en esta ocasión dirige la pregunta al príncipe negro, que insiste en emitir, a través del rumor de la lluvia, el sonido del tam-tam de su lejano país, el país de los suicidas.

—¿Por quién me ha tomado? —le repitió Rosa Schwarzer al impertinente noctámbulo.

—¿Seguro que no le está molestando, señora? —intervino de nuevo el camarero.

—¡Oh, no! —reaccionó de inmediato ella, que no deseaba en modo alguno que cesara aquella secuencia en color de su recién animada vida.

—Mis disculpas, presento mis disculpas —se apresuró a decir el noctámbulo con suma educación y todavía algo asustado por aquella mirada fulminante de una Rosa Schwarzer que se sentía capaz de todo, pues estaba convencida de que nadie había tenido —el pobre noctámbulo el que menos— una mañana tan intensa y peligrosa como la suya. Siempre al borde de la muerte y siempre dejando atrás, a última hora, el abismo. Ya eran tres las oportunidades que había desperdiciado aquella mañana, tres rotundas y claras ocasiones para matarse. Eso le hacía sentirse tan segura y era tal la confianza que en aquel momento tenía en sí misma que se atrevió a invitar al desconocido de la capucha a pasear con ella por el barrio.

—¿Acepta? Tengo que comprar cuatro cosas para una ensalada de patatas.

—Bueno, ¿por qué no? —le dijo él sin más problema. Y entonces ella, al ver que era valorada sin reservas su compañía, quedó profundamente conmocionada y le tomó tal confianza al desconocido que incluso le confesó que había estado tres veces al borde del suicidio en las últimas horas. Para contarle todo eso, empleó mucho tiempo, porque no quería que pasaran a segundo plano los detalles que ella consideraba más significativos.

—Total —concluyó al cabo de una media hora Rosa Schwarzer—, es decir, resumiendo, que esta mañana todo me parece nuevo, nada de lo que me ocurre me había sucedido antes.

El hombre se había quedado casi dormido.

—¡Eh! Pero despierte, por favor, habíamos quedado en ir a comprar unas... —no se atrevió a decir patatas—, vamos, haga el

favor de despertarse, no es usted el noctámbulo que dijo ser.

El hombre se reanimó, fue hacia el lavabo y volvió como nuevo.

—¡Qué barbaridad! —comentaría él poco después, cuando salieron a la calle y ya la confianza era mutua e incluso se tuteaban—. Pero qué barbaridad. Mira, tienes que hacerme un favor, Rosa, lo he estado pensando bien, he estado dándole vueltas mientras tú no parabas de hablar y hablar, y yo casi me dormía, y si no me he dormido del todo es porque trataba de seguir el misterioso hilo de tu pensamiento, lo he pensado bien. Mira, tienes que hacerme un favor, Rosa. La próxima vez que quieras matarte no recurras a la lejía ni al patio de la vecina ni a las ruedas de un coche. Son muertes poco estéticas, la verdad.

—¿Y por qué piensas que habrá una próxima vez? —le preguntó ella algo sorprendida.

Por toda respuesta, el hombre le pasó entonces un botellín de whisky y le dijo que era una cápsula de cianuro y que la guardara. Ella prefirió tomar todo aquello como una broma más del noctámbulo y guardó el botellín en un bolsillo de su abrigo.

—En caso de necesidad —le dijo él— basta con decapitar el botellín y tomar el veneno de un solo trago, así de sencilla es la cosa.

—Sabes muy bien que me estás dando whisky y no veneno —le dijo ella cariñosamente, sonriendo.

—Te juro que es cianuro. El botellín sólo está para despistar, ¿es que no lo comprendes? —le dijo él mientras se quitaba lentamente la capucha de la gabardina en un gesto que ella interpretó como una señal de que estaba volviendo en sí tras la noche de alcohol que arrastraba, de que estaba volviendo a la realidad, por muy desagradable que ésta pudiera parecerle.

A las dos de la tarde seguían todavía andando, no se habían detenido en ningún colmado y tampoco — pese a que él lo había intentado — en ningún bar, andaban tropezando con el empedrado de un barrio que ya no era el suyo, y se estaban acercando al parque de Hofgarten, lejos ya de los paisajes cotidianos y también de los bares y los colmados. A él se le veía ensimismado y, sobre todo, fatigado, próximo al desmayo o a quedarse dormido en cualquier esquina, pero seguía mostrando cierta atención cuando Rosa Schwarzer le hablaba y le contaba, por ejemplo, que en Hofgarten había conocido, treinta años antes, a su pobre e infeliz marido. Y acabaron sentándose en un banco de piedra que había a la entrada del parque.

—Ahora —le dijo él—, en lugar de vigilar una sala de museo, vigilas Hofgarten entero. No está mal el cambio, no está nada mal. Hofgarten entero...

Rosa Schwarzer sonrió, no le contestó, se quedó mirando el paso de las nubes sobre el cielo gris de hielo que cubría el parque. Mi pobre y querido Hans, pensaba de vez en cuando, y no sabía si estaba invocando el nombre de su hijo, al que acababa de avisar por teléfono de que ella estaba todavía en la peluquería y que tardaría en ir a comer y que se las apañara con un pollo frío que había en la nevera, o bien pensaba en el otro Hans, en aquel que la estaba acompañando medio dormido, el pobre y guapo Hans, tan joven y cordial, el hombre de la capucha y de la cápsula de cianuro, el hombre que la había hecho alejarse del barrio, de su familia, del dolor por la enfermedad del hijo, del tedio de las mañanas en el museo y, en definitiva, de la insoportable grisalla que se reflejaba en todos los pasos de su amarga vida.

—A todo esto —dijo ella— aún no me has dicho en qué trabajas, si es que trabajas que, claro está, lo dudo mucho.

—Yo no puedo trabajar —le respondió con afectación, como

si recitara un papel muy estudiado—. Yo sólo puedo beber y llorar.

—¿Y no has trabajado nunca?

—Bueno, algunas veces, pero siempre acabaron destruyéndome, quiero decir despidiéndome. Ahora estoy en la miseria más absoluta. Me ayudaba una chica, pero ella también se quedó sin trabajo. Ultimamente me ayudaba mi padre, pero se declararon en huelga en su fábrica, y en fin... Ahora no me ayuda ya nadie.

—Mi padre se pasó la mitad de su vida en huelga. Decía que era lo que más le gustaba.

Se quedaron en respetuoso silencio, ella pensando en su padre, y él pensando en el suyo y, al mismo tiempo, dando ya una cabezada tras otra. La paz del lugar era soberbia, aunque era un parque muy triste porque parecía profundamente solitario. El cielo gris de hielo que se extendía sobre él lo convertía en el más frío de los paisajes. Era aquél, sin lugar a dudas, un parque solitario y helado.

—Así que somos hijos de huelguistas —dijo él con cierta melancolía. Y poco después, dando una nueva cabezada se quedó profundamente dormido en el hombro de Rosa Schwarzer.

Ella no se atrevió a despertarlo, parecía un crimen hacerlo. Después, especuló con lo que sucedería si casualmente pasara por allí algún familiar o amigo. ¿Qué pensarían al verla junto a un desconocido que apoyaba dulcemente la cabeza en su hombro? Poco importaba lo que pudieran pensar, entre otras cosas porque nadie circulaba por allí, pues no podía ser más solitario y silencioso aquel parque en el que treinta años antes ella también le había arrancado a la vida unos breves pero intensos momentos de gran felicidad. Precisamente porque ya los había vivido, sabía que esos instantes tenían una duración muy limitada, de modo que apartó de su hombro, con gran suavidad, la cabeza del amable desconocido y, dejándole allí perdido y

dormido en el viejo parque solitario y helado, emprendió el lento y doloroso viaje de regreso al barrio y a su casa.

Durante el camino le destrozó el alma la casi absoluta certeza de que nunca podría expresar, ni con alusiones, y aún menos con palabras explícitas, ni siquiera con el pensamiento, los momentos de fugaz felicidad que tenía conciencia de haber alcanzado. Esa certeza le acompañó, como un nuevo dolor secreto, a lo largo del camino de vuelta. Y cuando, dos horas después, volvió a encontrarse en las calles de su barrio, un nuevo temor se añadió a todo cuanto le preocupaba, porque se le ocurrió que su hijo Hans, que no trabajaba por las tardes, podía haber renunciado a la vuelta habitual con los amigos y estar, dadas las especiales circunstancias del día, esperándola en la casa, aguardando su regreso de la peluquería. En ese caso todo podía ser tremendo, porque él vería enseguida que no había peluquería y sí un grandioso misterio o, lo que era peor, y además rimaba con misterio: un grandísimo adulterio. Temerosa de ser descubierta, entró en la peluquería del barrio y, como no tenía tiempo para hacerse la permanente, se compró una horrenda peluca de color castaño. Y con la peluca puesta se presentó en su casa, donde por suerte no había nadie, tan sólo los huesos de un triste pollo de nevera, los restos de la comida de su pobre y querido Hans.

Muy pronto la alegría de estar sola dejó paso en la indecisa Rosa Schwarzer al sentimiento contrario, a un profundo abatimiento por aquella terrible soledad que la casa le ofrecía. Se acercó a la ventana. El cielo estaba muy blanquecino, invadido por una pátina opaca, así como en su memoria una blancura opaca iba borrando el recuerdo de las sensaciones vividas junto al noctámbulo abandonado en el parque. En su trágica desesperación comenzó a arrancar, brutalmente, los pelos de su peluca. Tomó luego un cuchillo de cocina y pensó en hacerse el hara-kiri, reventarse sin contemplaciones el vientre, ofrecer

sus entrañas a toda la inconsciente raza de sufridas amas de casa a las que el joven noctámbulo escandalizaba para luego antojársele un caprichoso sueño en el parque del olvido. Dejó la peluca encima de la nevera y luego la partió en dos con el cuchillo, y fue tal la tensión y el esfuerzo acumulados en el gesto que hasta cortó en seco el aire viciado de aquella cocina. Extenuada, cayó al suelo. No, tampoco en esta ocasión iba a quitarse la vida. Su pobre hijo, su querido Hans, merecía cenar caliente aquella noche. Se levantó, arrojó lo que quedaba de la peluca a la basura, se rió a solas como una loca, y probó el pan de centeno con cominos.

Pero cuando al caer la tarde su pobre y querido Hans regresó a la casa ni siquiera se interesó por el lechón asado y ni preguntó por qué ella se había entretenido tanto en la peluquería, tampoco se quejó de haber tenido que comer el pollo frío de la nevera, nada, ni la miró, y por tanto no tuvo ocasión de ver el escandaloso pelo de estropajo canoso que lucía su madre. Tan sólo la felicitó con desgana y le pidió que cosiera dos botones de la camisa. Pero ni la miró. Rosa Schwarzer comprendió que a su hijo ella no le interesaba nada.

La aparición de Bernd, el hijo mayor, aún fue más desalentadora, porque ni se acordaba del lechón asado —en eso andaba igual que Hans—, pero por no acordarse no recordaba ni tan siquiera que fuera el aniversario de su madre, no se acordaba de nada. Se limitó a llenar de humo la sala, encender el televisor y tumbarse en el sofá. Rosa Schwarzer pensó en apagar de golpe el televisor y hablarles a sus hijos de un gesto del noctámbulo que a ella le había parecido que abría inmensas y desconocidas posibilidades de amor. Pero sabía que no podría nunca expresar la plenitud que había alcanzado hacía tan sólo un rato, y también sabía que, aun en el supuesto de que pudiera hacerlo, de que pudiera expresar lo que realmente sentía, sus hijos ni la escucharían, o bien no la creerían.

—¿Qué hay para cenar? —preguntó un exigente Bernd desde el sofá.

—La muerte —dijo ella—. La muerte, únicamente.

Lo dijo tan bajo, desde la soledad de su cocina, que ellos no alcanzaron a oírla, así como tampoco podían escuchar cómo en aquel momento era degollada una gallina. Y si no les era posible oírlo era porque esa gallina era su propia madre, que se imaginaba a sí misma de esa forma, degollada viva, y lo hacía para pensar en algo que la distrajera y la apartara de una peligrosa tentación que se le acababa de presentar en forma de nueva oportunidad para quitarse la vida. Abrir el gas y meter la cabeza en el horno. Una muerte horrible, se decía a sí misma mientras pensaba que lo peor de todo era que, si finalmente se decidía a inmolar su cabeza con el pelo estropajo incluido, sus hijos probablemente tardarían en darse cuenta. Seguirían allí en el salón discutiendo como cada día, por su ridícula parcela de poder en el sofá. Imbéciles. Desgraciados. Sólo cuando todo se hubiera consumado encontrarían ellos una cabeza de madre bien asada en lugar del lechón. Una muerte horrible, pensaba Rosa Schwarzer mientras trataba de apartar sin conseguirlo aquella tremenda tentación.

Le salvó la violenta llegada del marido. Su inconfundible manera de entrar en la casa —el fuerte portazo y la tos aquella de fumador empedernido— disolvió la feroz tentación del horno, porque de pronto cobró para ella mayor interés tomar un tarro de mermelada y estrellarlo en la cara del marido infiel. Una venganza por lo de la vecina y, sobre todo, por tantos años de indiferencia y constante humillación. Merecía la pena dejar a un lado la idea del horno y gozar fugazmente de la expresión de horror y sorpresa de su marido cuando, por primera vez en treinta años, la viera rebelarse contra la sofocante violencia de su gran indiferencia. Pero antes de arrojarle el tarro, se dijo que apagaría las luces de la casa y los aterraría a

los tres. No por el apagón sino porque con su voz ronca de gaviota chillaría en la oscuridad su nombre. Y así lo hizo, aunque finalmente no apagó las luces y se limitó al grito:

—Rosaaaaaa Schwaaaaaarzer.

Bajaron incrédulos el volumen del televisor, y entonces volvió a oírse el nombre, pero esta vez pronunciado en forma de eco veloz y muy sincopado, casi sofocado, como si estuviera en pleno ataque de hipo. Cuando todo pasó, se la oyó a ella respirar profundamente, con gran alivio y felicidad.

—Pero ¿te has vuelto loca, mamá Rosa? —intervino el marido sujetándola violentamente por el brazo—. ¿Qué te sucede?

Una excelente oportunidad para morir, pensó ella. Esta ocasión sí que no voy a dejar pasarla, le sacaré de quicio, lo cual es fácil, y estoy segura de que me dirá que me va a matar, y entonces forzaré las cosas para que me mate de verdad.

—Bonita manera de preparar la cena —le dijo el marido—. Pero ¿puede saberse qué te pasa?

Respondió arrojándole el tarro de mermelada a la cara, pero no dio en el blanco, y el tarro fue a estrellarse contra el reloj de la cocina, que dejó de funcionar en el acto, lo que a Rosa Schwarzer la dejó muy satisfecha, pues pensó que al menos en la cocina el tiempo ya se había detenido y que con un poco de suerte se detendría para siempre si, como esperaba, el marido se decidía a matarla. Y el marido parecía tener esa intención, pues tenía la mano en alto y la amenazaba diciéndole precisamente que iba a matarla. Había que procurar que esta vez la frase no quedara, como de costumbre, en agua de borrajas. No podía ella dejar pasar aquella ocasión inmejorable, aquella inigualable oportunidad —quién lo iba a decir, la sexta en un solo día— de alcanzar la muerte.

Desde el umbral de la cocina, los dos hijos la miraban entre desolados y atónitos, y como si le estuvieran reprochando algo.

Era como si no quisieran perdonarle que su vida de esclava se hubiera animado ligeramente en las últimas horas, como si no pudieran admitir en modo alguno que, aunque fuera tímida-mente, ella hubiera vuelto por fin a respirar, hubiera vuelto a la vida.

—De todo esto tiene la culpa el museo. Si lo sabré yo... —comentó Bernd a su padre.

Voló un nuevo tarro de mermelada, que tampoco dio en su blanco. Y poco después, una Rosa Schwarzer muy abatida, cansada de tanta incompreensión, se rendía. Se sentó en una silla y se quedó sollozando débilmente durante un rato. De vez en cuando le gritaban:

—Calla, mamá.

—Que te calles, mamá Rosa.

Se quedó allí en la silla, como si estuviera sentada en el museo, hasta que terminó la programación de televisión. Llegada la hora en que todos se fueron a dormir, se acostó sin ganas, presa de un insomnio galopante, y pasó la noche en vela imaginando todo tipo de historias que sucedían en un parque solitario y helado que convertía en noctámbulos a todos sus visitantes. Y ya con las luces del alba, sin haber dormido en toda la noche, se le oyó decir:

—Esta vida para qué.

Lo ha dicho en la duermevela de hoy, poco antes de levantarse y preparar el desayuno en el que sólo ha probado una loncha de jamón mientras pedía excusas por lo de ayer al marido y a los hijos y les explicaba que se sintió afectada por el hecho de cumplir los años que cumplía, y que eso era todo, y que la disculparan.

Luego, como tantos días desde hace años, se ha dirigido en bicicleta al museo, y ahora se halla en su aburrida silla de siempre, muerta de sueño tras la inquietante noche, bostezando ostensiblemente mientras trata de no dejarse seducir por la

llamada del oscuro príncipe que, para invitarla a adentrarse y perderse en el lienzo, le envía el arrogante sonido del tam-tam de su país, el país de los suicidas.

Yo sé que Rosa Schwarzer, en su desesperado intento de apartar el influjo del príncipe, está refugiando su mirada en los tenues colores rosados de *Monsieur Perlacerdo*, que es otro de los cuadros de esa sala que tan celosamente custodia y en la que si ahora alguien osara irrumpir en ella se encontraría con una eficiente vigilante que de inmediato interrumpiría su bostezo y, poniéndose en pie, rogaría al intruso que, a causa de la frágil alarma, hiciera el favor de no aproximarse demasiado ni a Monsieur Rosa ni al Señor Negro.

Lo dicho, Rosa Schwarzer está ligeramente alarmada esta mañana. Y no es para menos, pues el tam-tam la reclama cada vez con mayor insistencia invitándola a dejar el museo y la vida, y es tanta la seducción que ejerce el príncipe negro que de un momento a otro ella podría sucumbir ante esta nueva ocasión de quitarse la vida. A la séptima va la vencida, piensa Rosa Schwarzer, y poco después recuerda que aún conserva la cápsula de cianuro en un bolsillo de su abrigo, y decide probar suerte. Si sólo es whisky tal vez le ayude a despertarse, porque se está cayendo de sueño, aunque no está segura de que el whisky despierte, nunca ha probado una gota de alcohol y no sabe cómo puede sentarle, pero se arriesgará. Y si no es whisky sino cianuro viajará al otro lado de la existencia, a ese otro mundo, lejano y seductor, en el que vive el príncipe de los suicidas, su enamorado.

De un solo y fulminante trago ingiere el veneno, y casi de inmediato el tam-tam la envuelve con la más cálida sensualidad, aunque también bestialidad, porque tiene la sensación de que ha caído muerta. Tal ha sido el impacto, la fuerza del rápido descenso del líquido en el estómago. Súbitamente mareada de muerte, ella da una fuerte cabezada hacia adelante y

cuando está ya a punto de desplomarse siente que ha entrado en el cuadro y que avanza por un extraño pasadizo de un color gris plomizo que la conduce a una explanada de fuerte colorido en la que se extiende un altar precedido de varios escalones, cubiertos por una alfombra de un color verde muy intenso, nunca visto por ella antes. Cerca ya del altar y, a la sombra de una gigantesca palmera, descubre una estatua que evoca a un hombre herido mortalmente por una daga que se ha clavado en el corazón. Su corazón de suicida enamorado. Es el príncipe negro que en cuanto cobra vida comienza a celebrar la llegada de su amor y, valiéndose de una danza tan delirante como prolongada, convoca a todos los suicidas del reino a la gran explanada desde cuyo altar habrán de tener lugar los festejos de agasajo a la recién llegada. De todas las innumerables chozas bañadas por un océano de muy cristalinas aguas surgen súbditos con trajes de gala que, según le aclara el príncipe, imitan lo inimitable: el humo azul ardiente de Africa.

La felicidad mata y estos suicidas imitan no lo inimitable sino lo inexistente, piensa Rosa Schwarzer, mientras recuerda que también la irre realidad es desagradable. Y es que a pesar de la exultante belleza del príncipe, del humo azul ardiente y del deslumbrante país en el que se encuentra, comienza a sentirse incómoda en esa cultura incomprensible, en ese lejano y misterioso lugar en el que se celebra la muerte. Como si hubiera leído en su pensamiento, el príncipe, tras lamentar que no haya sabido apreciar el brillo de las estrellas que en honor de ella lanzan fuegos de artificio en el viejo y helado cielo de su país, le advierte que sólo podrá dar marcha atrás en su viaje si inhala el humo azul ardiente del país de los suicidas. Un humo altamente tóxico. Rosa Schwarzer comprende enseguida que se trata de volver a suicidarse, en este caso de practicar el gesto al revés, un suicidio que la haga caer, no del lado de la belleza sino del lado opuesto, del lado de la vida. Y Rosa Schwarzer

no lo piensa dos veces, se acerca a una de las columnas de humo y aspira profundamente, con todas sus fuerzas, y en tan sólo unos instantes se halla de nuevo sentada en su silla del museo, junto a la que descansa, rota en mil pedazos, la cápsula embriagadora.

Nadie ha presenciado el fulgurante viaje. Y Rosa Schwarzer, eficiente vigilante, abre bien los ojos y, todavía algo mareada, recompone su figura mientras comprueba que todo sigue igual. O mejor dicho, casi todo sigue igual, porque ya no se aprecia el reclamo enamorado y constante del tam-tam de los suicidas. Inmóviles están ahora el negro del príncipe y el rosa del Monsieur. En el fondo, todo está en perfecto y triste orden. Con sentimiento amargo pero en el fondo también muy aliviada, Rosa Schwarzer siente que ha vuelto a sumirse en la grisalla de su vida, y se encuentra bien, como si hubiera comprendido que después de todo no sabemos —lo diré con las palabras del poeta— si en realidad las cosas no son mejor así: escasas a propósito. Tal vez sean mejor así: reales, vulgares, mediocres, profundamente estúpidas. Después de todo, piensa Rosa Schwarzer, aquello no era mi vida.

EL ARTE DE DESAPARECER

Hasta que llegó aquel día, el día precisamente de su jubilación, siempre le había horrorizado la idea de llegar a tener éxito en la vida. Muy a menudo se le veía andar de puntillas por el instituto o por su casa, como no queriendo molestar a nadie. Y siempre había existido en él un rechazo total del sentimiento de protagonismo. Perder, por ejemplo, siempre le había gustado. Hasta en el ajedrez prefería jugar a un tipo de juego que se llama *autómata*, y que consiste en obligar al contrincante a vencer a pesar suyo. Le gustaba sentirse a buen resguardo de las indiscretas miradas de los otros. Y no era nada extraño, por tanto, que todo lo que a lo largo de cuarenta años había ido escribiendo —siete extensas novelas en torno al tema del funambulismo— permaneciera rigurosamente inédito, encerrado bajo doble llave en el fondo de un baúl que había heredado de sus discretos antepasados.

Era un hombre modesto, no orientado hacia sí mismo, sino hacia una búsqueda oscura, hacia una preocupación esencial cuya importancia no estaba ligada a la afirmación de su persona; se trataba de una búsqueda muy peculiar en la que estaba empeñado con obstinación y fuerza metódicas que sólo se disimulaba bajo su modestia.